



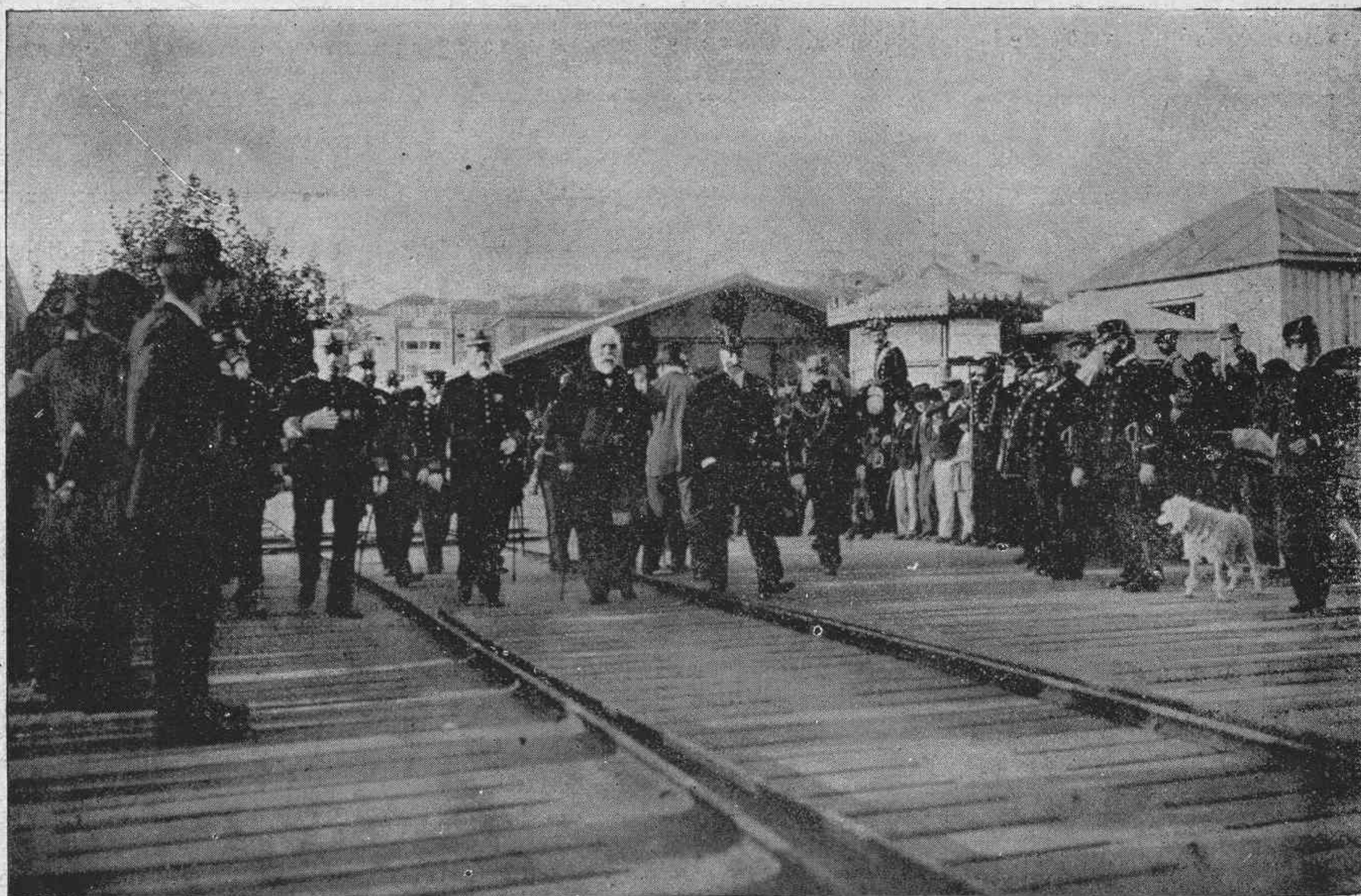
SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
 CLAUDIO COELLO, 21

DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

DE ACTUALIDAD



CORUÑA.—EL GENERAL BLANCO DIRIGIÉNDOSE POR EL MUELLE DE HIERRO PARA EMBARCARSE EN EL TRASATLÁNTICO «ALFONSO XIII» EL DÍA 19 DEL CORRIENTE.

(Fotog. de Pedro Ferrer y Sanz.)

LOS PANTANOS DE NEMI



Una de las obras más justamente celebradas en la última Exposición de Bellas Artes fué el notabilísimo paisaje así titulado, obra del joven pintor catalán D. Nicolás Raurich, premiado con medalla de segunda clase.

Mayor premio merecía á nuestro entender, pues declaramos francamente que quien comienza su carrera con tales bríos lleva medros de llegar á ser uno de los artistas primeros de la presente generación. La obra *Pantanos de Nemi* y las *Ruinas de Ninfa*, que adquirió el difunto Sr. Cánovas del Castillo, son perfectas en su género, y no es posible reproducir el natural con más decisión y con mayor bravura.

En los *Pantanos de Nemi*, lo que á todo el mundo admiraba era la sensación de humedad febricitante que producían aquellas aguas verdosas y aquella atmósfera descompuesta. Parecía olfatearse la calentura disuelta en el aire; parecía percibirse la *mal'aria* en aquellos fangales espantosos....

Del modo cómo pintó este cuadro nos da cuenta el mismo autor en las siguientes notas que ha tenido la bondad de comunicarnos:

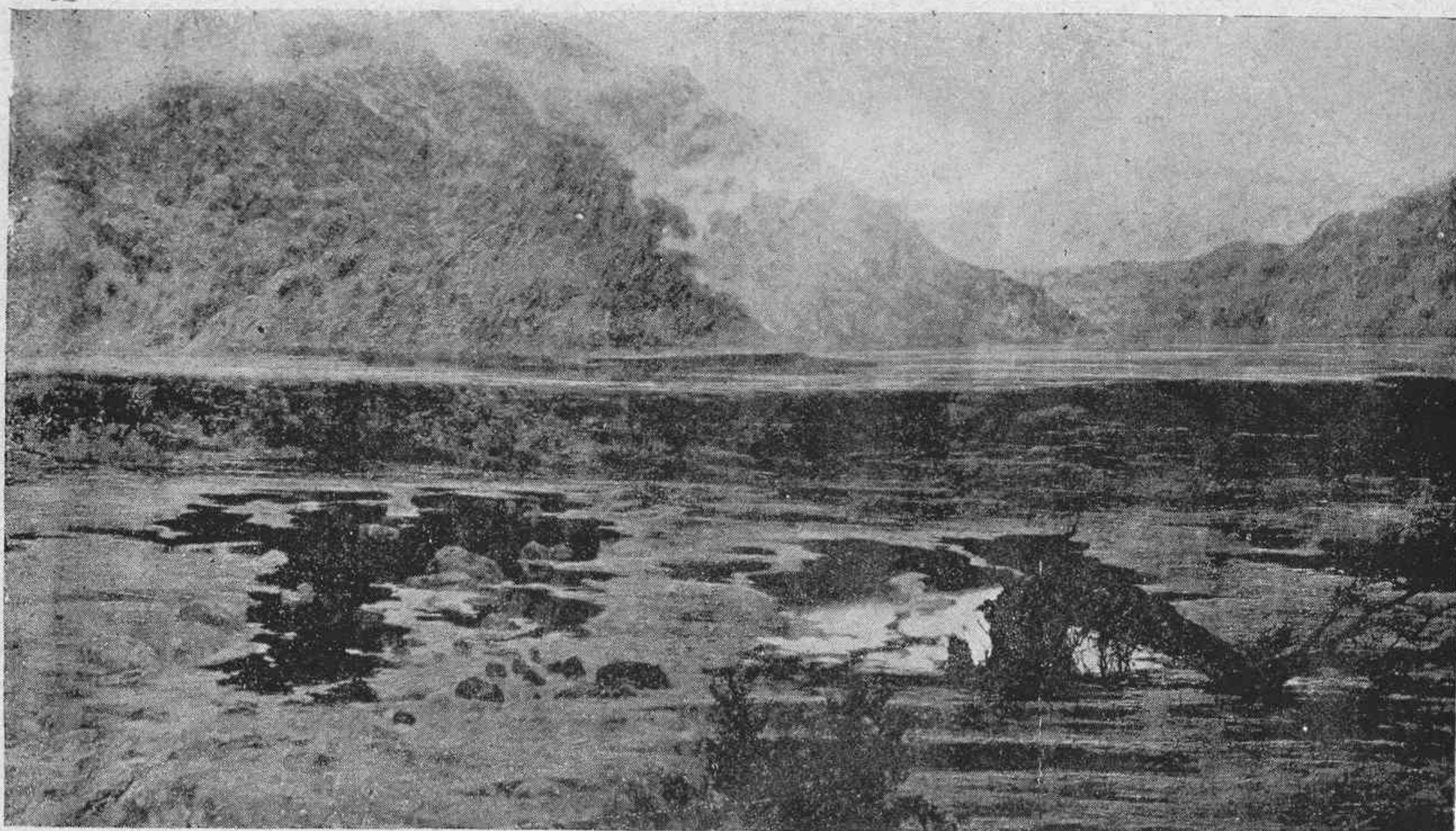
*
* *
*

«No muy lejos de la Ciudad Eterna se encuentra el típico lago de Nemi, conocidísimo por haberse inspirado en él renombrados paisajistas que lo han reproducido en sus obras.

»Llevaba hechos varios estudios en el mencionado lago de tranquilas aguas, resignadas á vivir aprisionadas por los montes que las rodean.

»No resultándome la línea monótona del fondo que generalmente suelen tener los lagos dada su disposición circular (y el de Nemi quizá más que ningún otro), me propuse recorrer aquellos andurriales tan lúgubres como malsanos.

»Me encontré una vertiente bastante dilatada, con unos pantanos de carácter ponzoñoso, circundados de una ve-



getación mísera y siniestra. Aquel trozo de *Naturaleza enferma* y degenerada me resultó lleno de sentimiento y de carácter propio para el asunto de un paisaje algo original.

»Procuré activar lo posible mis estudios para no contraer las tercianas, que tanto abundan en esos parajes sombríos y pantanosos.—N. RAURICH.»

L. R. M.



COMENTARIOS

Larga, casi interminable ha sido la fiebre que ha aquejado á todos nuestros *conspicuos* con motivo de la provisión de altos cargos: trazas llevaba ya de hacerse crónica, pero por fortuna la fiebre *ha remitido*, como dicen los médicos, y más de uno y de dos personajes se encuentran ya á estas fechas curados de espanto y de pretensiones infundadas, si es que, en efecto, puede ser infundado alguna vez el afán de intervenir en el manejo de los negocios públicos.

Por mi parte, creo de buena fe que todos los aspirantes á altos cargos son personas absolutamente desinteresadas y dignas de que se acceda á sus deseos. Puesto que la Administración española es un aparato complicadísimo, presumo que debe de suceder en ella lo que en las máquinas de reloj, que son más seguras y exactas cuanto mayor es el número de sus centros ó rubies.

En consecuencia, creo que no vendría mal partir por gala en dos cada *rubi* administrativo, ó dígase Dirección general, y con ello se evitaría que hubiese tantos descontentos como hay. El caso es que todo el mundo viva, y los pobrecitos directores generales no merecen menos consideración que otros cualesquiera individuos útiles al país: al fin y al cabo son una clase desheredada, como quien dice, y que sufre las más violentas alternativas de esplendor y decadencia.

En la provisión de los demás cargos de importancia se han observado algunos graciosos contrasentidos, muestra evidente del *esprit* con que se hacen estas cosas. Por ejemplo: he oído asegurar que va á ser Director del Banco Hipotecario de España el insigne poeta D. Gaspar Núñez de Arce.... Pensándolo mejor, ya no me parece tan evidente el contrasentido que hay en esto, porque, la verdad, en aquella casa deben ocurrir bastantes *cosas* líricas y dramáticas, propias para inspirar á un poeta, y aun para convertir en elegiaca la inspiración más festiva. No es para tomada á risa la idea de escribir la Ley Hipotecaria en verso, y me parece que si los más de los vates que disfrutamos, en vez de ponerse á mirar la luna ó las estrellas, que ya han dado bastante jugo lírico, se dedicaran á leer y profundizar la Ley sobredicha (así como Stendhal leía varios artículos del Código antes de coger la pluma), otro gallo les cantara á ellos y á la poesía. Así, claro, los que no tuviesen verdadera inspiración, es decir, los *chirles* y *ebenes* se tornarían completamente prosaicos: por dentro y por fuera, dedicándose, por consecuencia, á algo útil; y aquéllos á quienes Apolo y las Musas (que no han muerto, no, en España, ni en América) otorgaran sus favores, sacarían de cada artículo de la Ley Hipotecaria, estudiado y aplicado á la realidad, es decir, *padecido* por hombres y mujeres, una oda, un soneto ó un poema, según los casos, y en la mayor parte de éstos un drama.

Así, pues, para el poeta que ha cantado tan prodigiosamente las luchas humanas, el cargo que le ha conferido el Gobierno, si en efecto se lo ha conferido, que á estas horas no lo sé con seguridad, puede ser una fuente novísima de inspiración moderna, honda, positiva, ya que la infinita serie de problemas sociales, morales y familiares que con la Ley Hipotecaria se relacionan abunda en trances é incidentes de altísimo interés dramático, trágico en cien ocasiones.



Todavía *colea* el conflicto del pan. Como los fabricantes tenían que regañar con alguien, ya que el Sr. Alcalde tuvo á bien atarles corto, con gran satisfacción del vecindario, han regañado ahora con los obreros, y en un *meeting* celebrado el otro día declararon éstos que se hallaban decididos á *no poner los pies en la masa* mientras continuase el *estado de cosas* creado por los fabricantes.

Lo mejor sería que, en efecto, esa operación no se hiciera con los pies. Francamente, con los pies se puede hacer todo: libros, versos, dramas, en fin, el pan del espíritu; pero el del cuerpo debe ser cosa más delicada en cuanto á la confección: tal es la pobre humanidad que no la hacen daño, no se la indigestan, por lo común, las cosas más importantes hechas con los pies, y, sin embargo, le repugna que el pan se elabore de ese modo, y tiene razón para esa repugnancia.

La autoridad ya ha declarado que no le preocupa la actitud de los panaderos, porque, si lo necesita, echará mano de los hornos militares; donde se ve que, según nuestra buena y añeja costumbre, aquí no hay otro medio de resolver todos los conflictos, y de remediar todas las torpezas y todos los errores, sino recurrir á los pobres soldados, á quienes la Providencia dotó de espaldas anchísimas y robustas para soportar los más graves pesos. No hay que darle vueltas: nuestra España, siempre joven, eternamente muchacha, se enamorará de estos hombres ó de los otros, coqueteará con muchos, pero á la postre, cuando llegue el caso de entregar su corazón, se lo entregará á un mocito que lleve pantalones colorados.



En el teatro Real se está haciendo á toda prisa una porción de obras importantes. Por lo pronto, la escena ha ganado quince metros de fondo, y así, cuando haga falta sacar un batallón de coristas y figurantes, ó verificar transformaciones rápidas, podrá hacerse con facilidad y holgura, á que no estamos acostumbrados.

Además, se ha dicho que se iba á sustituir por palcos las filas laterales del paraíso, y esto, que le ha parecido mal á algunos periódicos, creo yo que es una ventaja. Las *laterales*, como se las llama sencillamente, son la parte bastarda y advenediza del paraíso: lo mejor de éste, lo más inteligente y lo más entusiasta es el centro, el verdadero cubil de la *fiera*, que da y quita las reputaciones, y que crea ó deshace los éxitos. Además, no cabe negar que lo bonito, lo agradable de un teatro son los palcos y no las galerías. Á ellos acuden las señoras puestas de veinticinco alfileres, y los caballeros lo más acicalados y cuellierguidos que es posible. Un teatro *con palcos hasta arriba* tiene que resultar de aspecto elegantísimo, y nada perderá de su animación habitual mientras conserve en el centro, en lo más alto, la cabeza del monstruo, aunque á éste se le quiten los brazos.

Voto, pues, con la Empresa, y conste que ni ésta me da butaca ni yo se la pido.

Compadezcamos á nuestro ex huésped el rey Chulalongkorn I. De tal manera le han zarandeado, traído y llevado, que en Lisboa declaró que ya no podía más, que se agotaba su resistencia para tantos saludos, genuflexiones, apretones de manos, revistas, músicas, funciones y danzas, y que se sentía próximo á perecer, como *Lentejica*, de un *orsequio*.

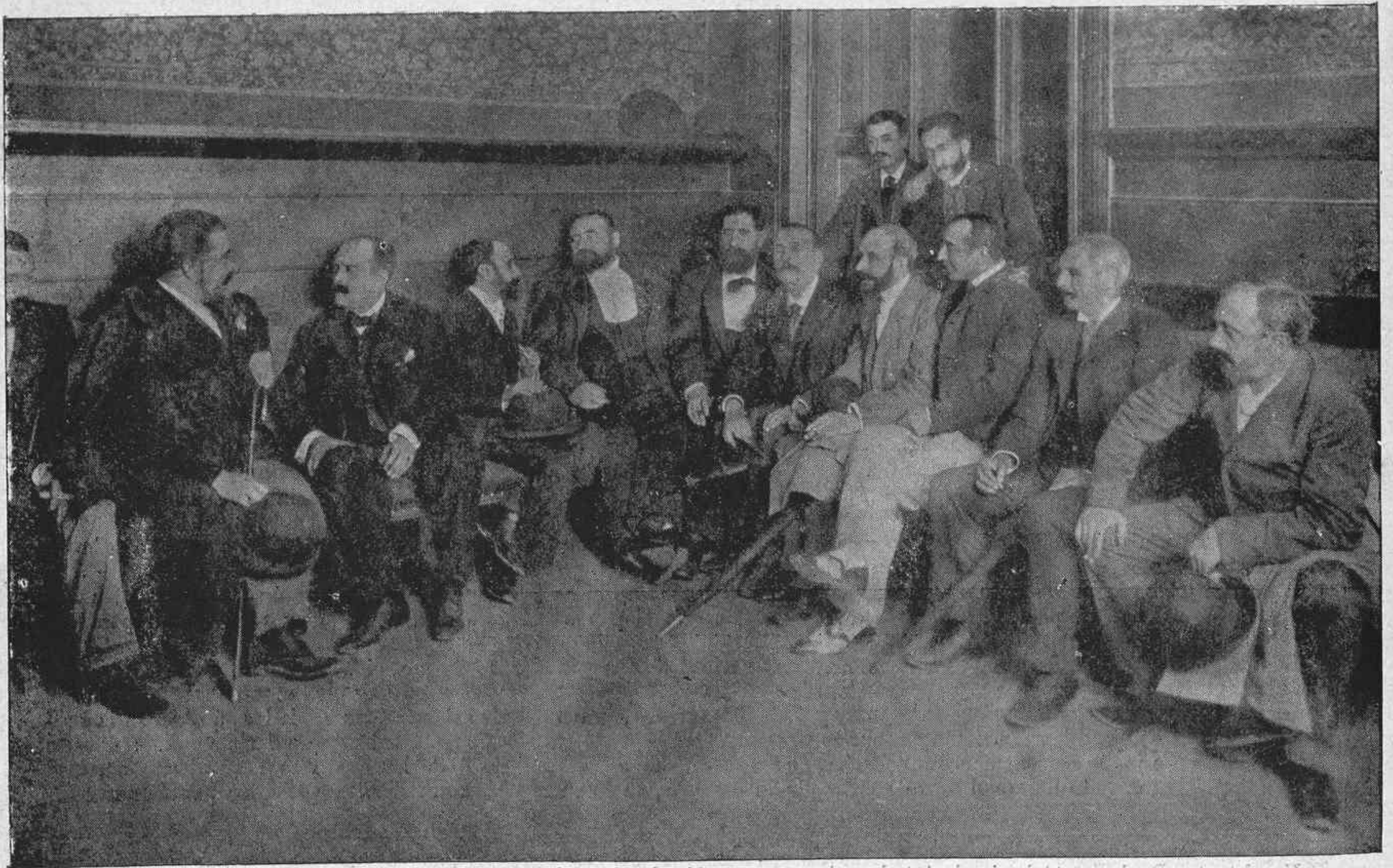
No sabía el buen monarca asiático, dueño absoluto de su voluntad cuando se halla en su tierra, que los soberanos europeos más á la moda son unos hombres de acero Bessemer, ó cosa por el estilo; pruebas de ello, el *Kaiser* alemán, el Czar de todas las Rusias y su dulce y plebeyo amigo Mr. Félix Faure, seres desdichados, en mi opinión, á quienes la etiqueta esclaviza y oprime; esta *etiqueta democrática* en uso ahora, que es más tiránica y más difícil de resistir que la imperante en las cortes superfinas y *superferolíticas* del siglo XVIII, como un vals ó una *galop* son mucho más fatigosos que una pavana ó un minué.

Por esto S. M. siamesa vuelve á su pueblo todo estropeado y lleno de agujetas y de calambres, y es muy probable que, al resumir sus impresiones europeas, coincida con S. M. cordobesa, el califa *Lagartijo*, á quien lo que más le molestaba de su arriesgadísima profesión era *er tren*, como él decía.

No terminaré sin recomendar á los lectores, artistas, aficionados al arte ó completamente profanos, la lectura de un librito, en extremo interesante, que se acaba de publicar: la *Historia del arte griego*, por D. José Ramón Mélida. En un pequeño volumen ha logrado reunir este joven y sabio maestro todas las ideas y los datos fundamentales referentes á tan importante asunto, y puede afirmarse que en todo el libro no hay una línea de sobra ó que no ofrezca el mayor interés. Además lleva cien magníficos grabados en el texto, y puede servir de guía para visitar los museos de Madrid en la parte, por desgracia, no muy grande, que encierran de escultura y arquitectura helénica.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

NOTA TEATRAL

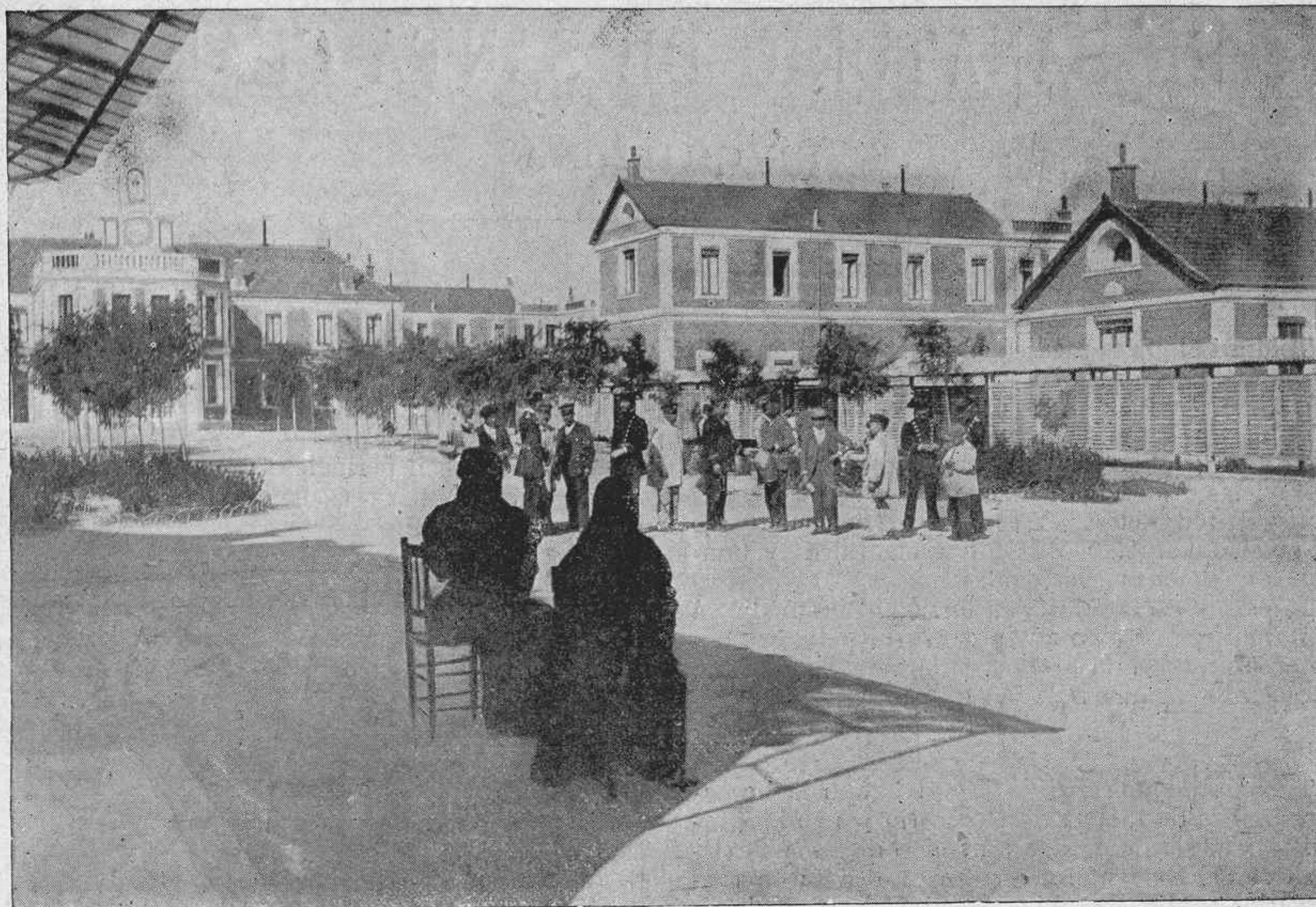


REUNIÓN EN EL SALONCILLO DE LA «COMEDIA».

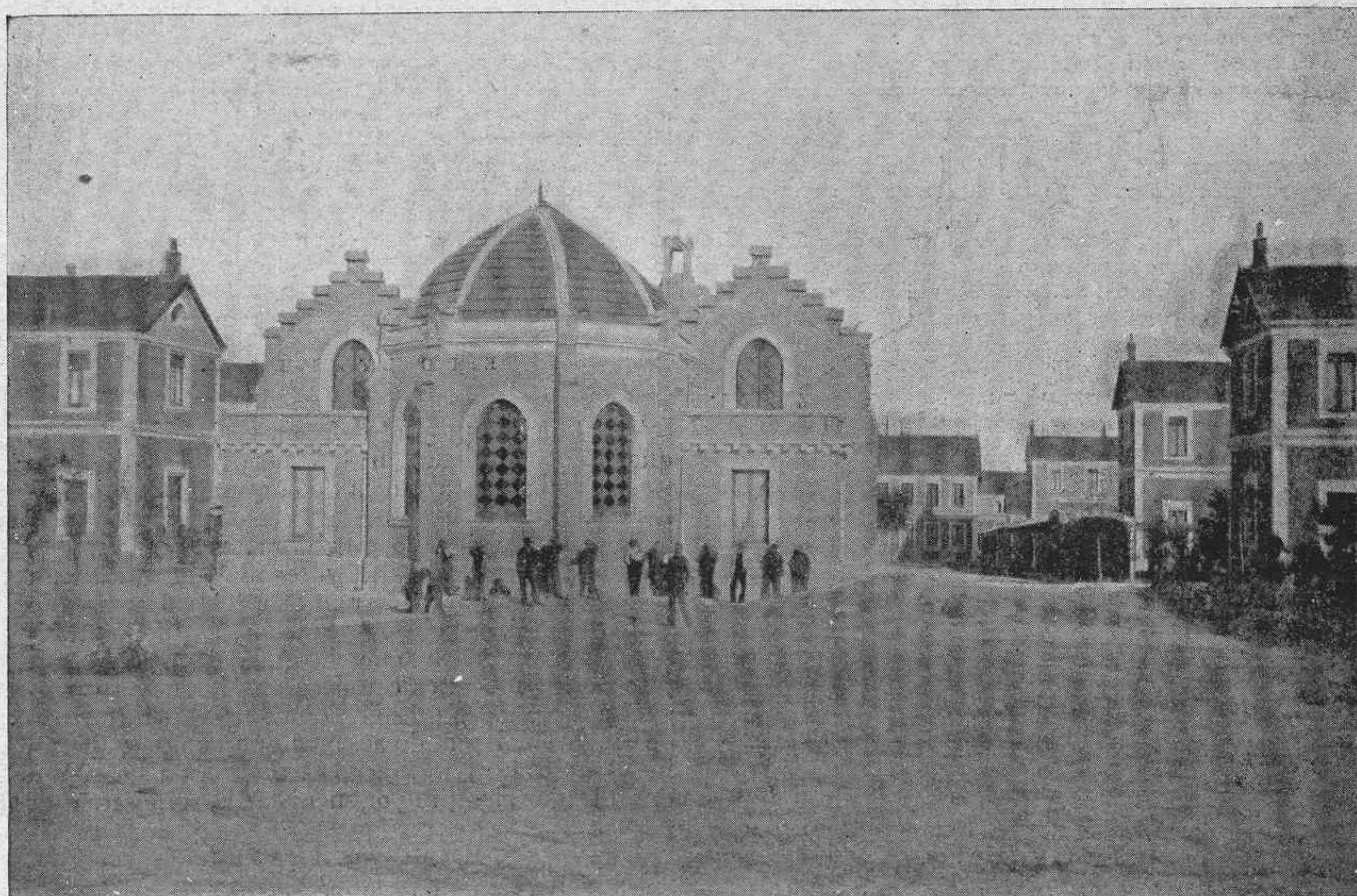
(Fotog. de Compañy.)

DE ACTUALIDAD

EL NUEVO HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS



FACHADA PRINCIPAL.



FACHADA POSTERIOR.

(Fotogs. de Medina.)

EL SANATORIO DE SANTA CLARA

EN CHIPIONA

Tolosa Latour es médico eminente, escritor castizo y elegante, y orador de palabra fácil, persuasiva y elocuente. Como médico, pregonan su indiscutible fama las maravillosas curaciones que ha realizado, especialmente en los niños, para los cuales es el ilustre Doctor una especie de Providencia que se los disputa á la muerte, logrando la más completa victoria en la mayoría de los casos. Como escritor, ahí están para acreditarlo, de los de primera fila, centenares de trabajos publicados en periódicos de gran circulación, en revistas profesionales y en semanarios é ilustraciones de todas clases. Y como orador elocuente, se ha revelado en Ateneos, Centros científicos y Congresos médico-internacionales.

Tolosa, pues, no limita su misión como médico á visitar enfermos, sino que procura difundir su ciencia en el libro, en la prensa, en la tribuna, y, en fin, por cuantos medios halla á su alcance.

* * *

Tiempo há que concibió Tolosa Latour la humanitaria idea de fundar un Sanatorio para niños raquíticos y escrofulosos, á imitación de los ya existentes en el Extranjero, como medio eficaz de preservarlos contra esa serie de terribles enfermedades que son el verdadero azote de la infancia, causando víctimas sin cuento y llevando el luto y la desolación á los más felices hogares. Pero la realización de



EL DOCTOR TOLOSA LATOUR.



EL PADRE LERCHUNDI.

este nobilísimo proyecto ofrecía serias dificultades, que, no obstante, fueron vencidas por el distinguido Doctor con una constancia de la que se ven muy raros ejemplos.

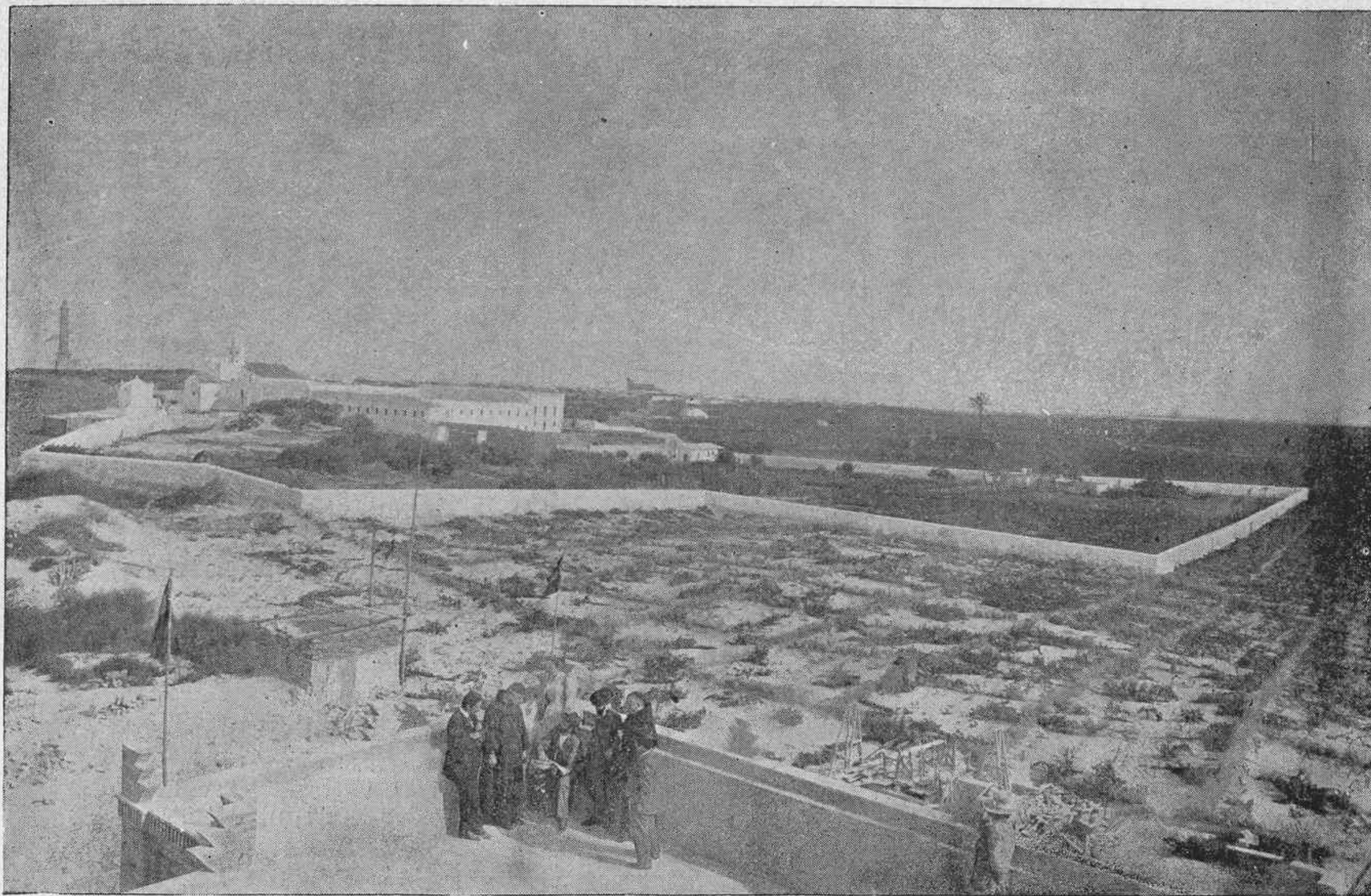
Para llevar á cabo esta obra, verdaderamente grande y digna de las mayores alabanzas, tuvo un poderoso y eficaz auxiliar en el célebre franciscano P. Lerchundi, de feliz recordación, á quien aun ignoran los españoles lo mucho que deben, pues como jefe de las misiones católicas en Marruecos consiguió acrecentar el prestigio de España en el Imperio de Moghreb, logrando además que se mantuvieran inalterables las relaciones entre ambos países, tan encontrados siempre por su historia, religión, usos y costumbres.

Enterada S. M. la Reina Regente del proyecto del

Dr. Tolosa, lo tomó bajo su protección, y haciendo gala de su esplendidez, como siempre que se trata de obras de esta naturaleza, encabezó la suscripción iniciada al efecto con una respetable cantidad de su peculio particular. El noble ejemplo de la Reina fué secundado por algunos individuos de la Familia Real y particulares. Hasta ahora ningún Centro oficial ha prestado su apoyo á la fundación del Sanatorio de Santa Clara.

Vencidas muchas dificultades, y elegido como sitio más adecuado para su instalación la hermosa playa de Chipiona (Cádiz), en las proximidades del convento de la Regla, se procedió á la colocación de la primera piedra el día 12 de Octubre de 1892. El P. Lerchundi bendijo el acto, y además extrajo la primera espuerta de tierra, exhortando á todos los allí presentes á perseverar en la realización de una obra que tantos y tan grandes beneficios había de reportar á la infancia desheredada y desvalida.

Desde aquel memorable día las obras continuaron, si bien con relativa lentitud, porque los recursos



VISTA GENERAL DEL SANATORIO.

de que se disponía no eran tan abundantes como fuera de desear. Pero á pesar de todo se ha construído el pabellón central, base del edificio, cuya terminación total creemos que no tardará mucho en verse realizada.

*
* *
*

El solemne acto de la bendición del Sanatorio de Santa Clara, tuvo lugar el día 12 de los corrientes, ó sea á los cinco años justos de haber sido colocada la primera piedra. Desde las primeras horas de la mañana comenzó á acudir al hospitalario convento de la Regla la mayoría del vecindario de Chipiona, quien principalmente ha de disfrutar de los beneficios que la instalación del Sanatorio reportará á toda la comarca. Comenzó el acto por una solemne misa cantada, que ofició el Rdo. P. Aguillo, rector de la Comunidad de la Regla, siendo acompañado de diácono por el P. Mendata, y de subdiácono por el Padre García. Fué interpretada la misa del maestro Rodríguez, dirigida por el P. Urigoitia. Una vez terminado el Evangelio, ocupó la cátedra sagrada el P. Beraluce, y en brillantes períodos ensalzó la obra del señor Tolosa, quien, guiado sólo por su amor á la ciencia y á los desvalidos pequeñuelos, había conseguido dar forma tangible á un pensamiento tan grande como beneficioso. También dedicó el elocuente orador un recuerdo á la memoria del P. Lerchundi, quien con tanto entusiasmo habíase prestado á secundar el proyecto del Dr. Tolosa Latour.

Terminada la misa, organizóse una procesión, que recorrió por la playa el trayecto que media entre el convento y el Sanatorio, siendo éste bendecido solemnemente por el P. Aguillo.

El Sr. Tolosa y su distinguida consorte recibieron infinitas felicitaciones de los invitados a la sagrada ceremonia, entre los cuales figuraban las autoridades de Cádiz y las de Chipiona, y gran número de personas importantes de ambas poblaciones. La muchedumbre que ocupaba las cercanías del Sanatorio presenció el acto de la bendición con el mayor recogimiento, teniendo frases de alabanza para el señor Tolosa, cuyo nombre es justamente ensalzado por los sencillos habitantes de Chipiona.

Los frailes del convento de la Regla dispensaron las mayores atenciones a los invitados.

* * *

El Sanatorio de Santa Clara, cuya inauguración hemos descrito tan a la ligera por no permitir darle más extensión las condiciones materiales de esta Revista, se eleva sobre un cerro a orillas del mar, dando vista a Sanlúcar. Los planos han sido trazados por el arquitecto D. Eduardo Fernández, y las obras dirigidas por Fr. Francisco Serra, del referido convento, y actualmente por Fr. José Rodríguez.

El pabellón de Santa Clara, que es el inaugurado, es cuadrangular: consta de dos cuerpos con azotea, todo de estilo mudéjar.

La puerta principal, que da frente a la playa y que la forma un arco de herradura sostenido por dos columnas de granito, luce en su frente, en preciosos azulejos, los escudos de España y el de la Orden franciscana, leyéndose por debajo de ambos lo siguiente: *Sanatorio Marítimo de Santa Clara*. Los azulejos son de la casa Mesaque, y han sido regalados por D. Carlos Lacave. El dibujo de aquéllos, que es un prodigio de arte, es obra de nuestro ilustre colaborador D. Arturo Mélida, quien ha hecho este trabajo gratuitamente.

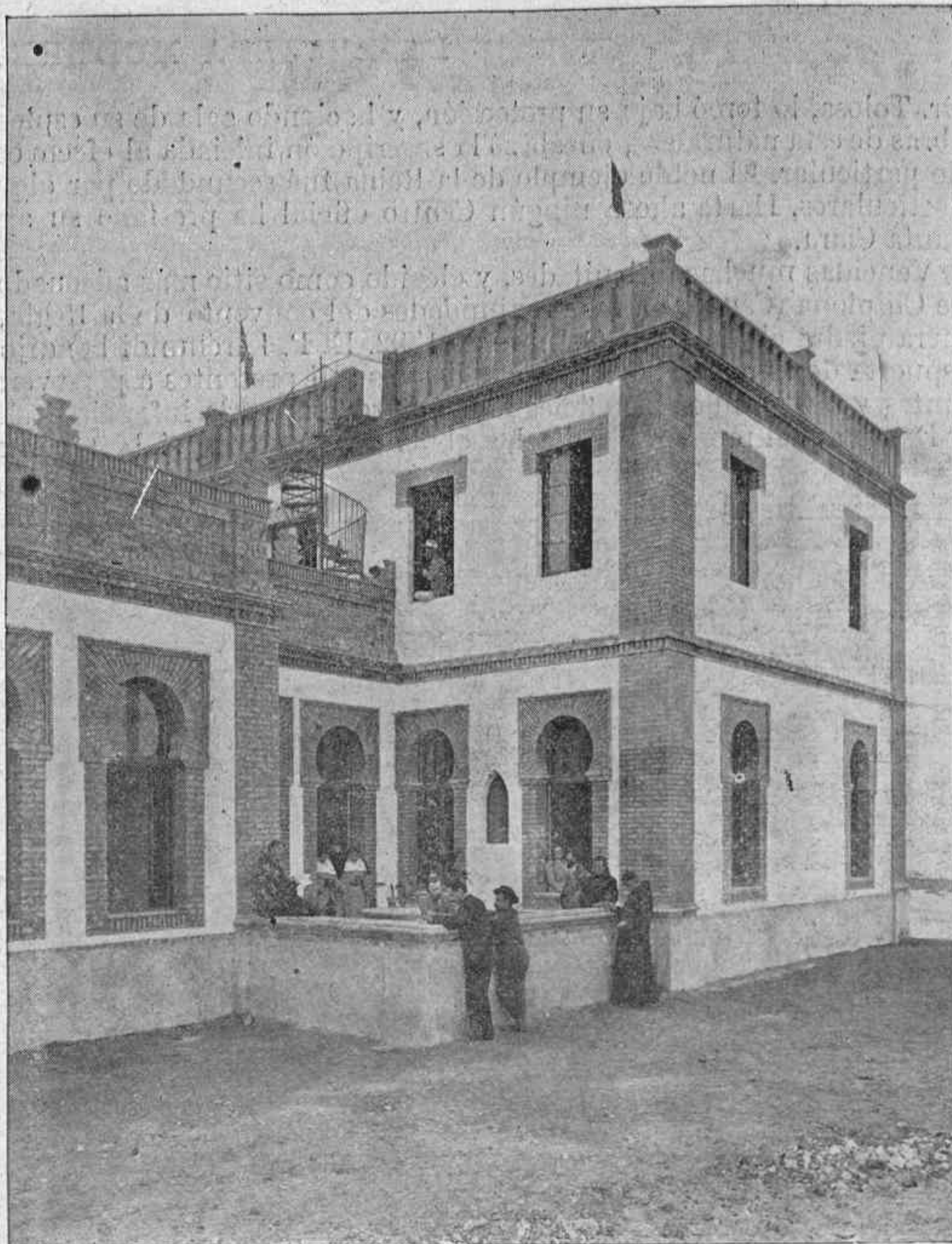
El Sanatorio está construido con arreglo a los adelantos modernos, no faltando en él nada para que los enfermitos que han de ocuparlo recobren y fortifiquen su salud.

* * *

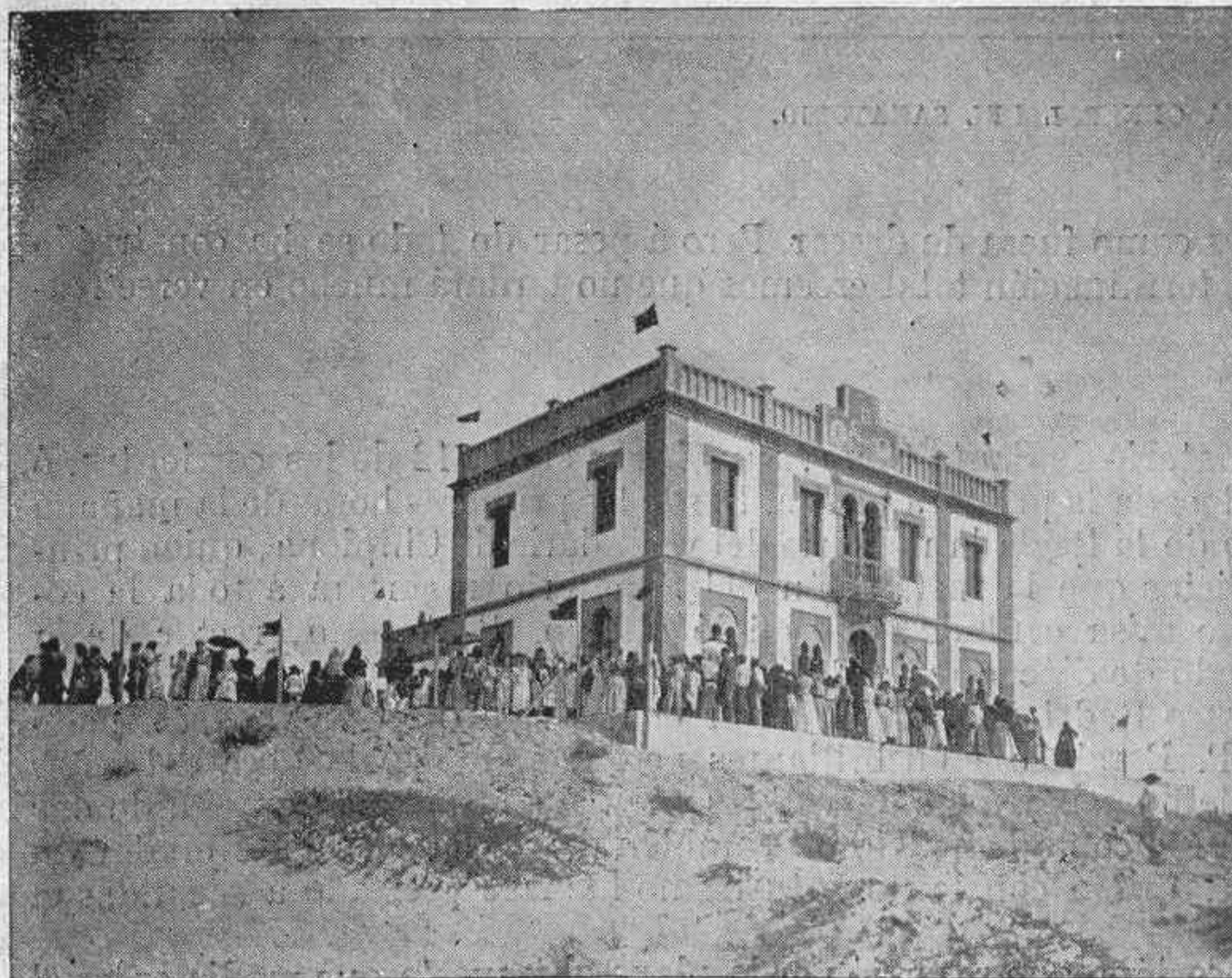
LA REVISTA MODERNA cree cumplir uno de sus más gratos deberes rindiendo un tributo de admiración al sabio Dr. Tolosa, y felicitándole por el brillante éxito que ha coronado sus nobles y generosas iniciativas.

También nos complacemos en dedicar un recuerdo de respeto a la memoria del P. Lerchundi por la parte activa que ha tomado en la instalación del Sanatorio, y de gratitud a los reverendos Padres del convento de la Regla, en los cuales halló siempre Tolosa auxiliares inteligentes y desinteresados.

MANUEL SORIANO.



FACHADA LATERAL.



EL DÍA DE LA BENDICIÓN.

MADRID.—TEMPORAL DE AGUA



ABORDAJE DE UN CRUCERO Á UNA GOLETA CON AVERÍAS, DIBUJO DE BENEDITO.

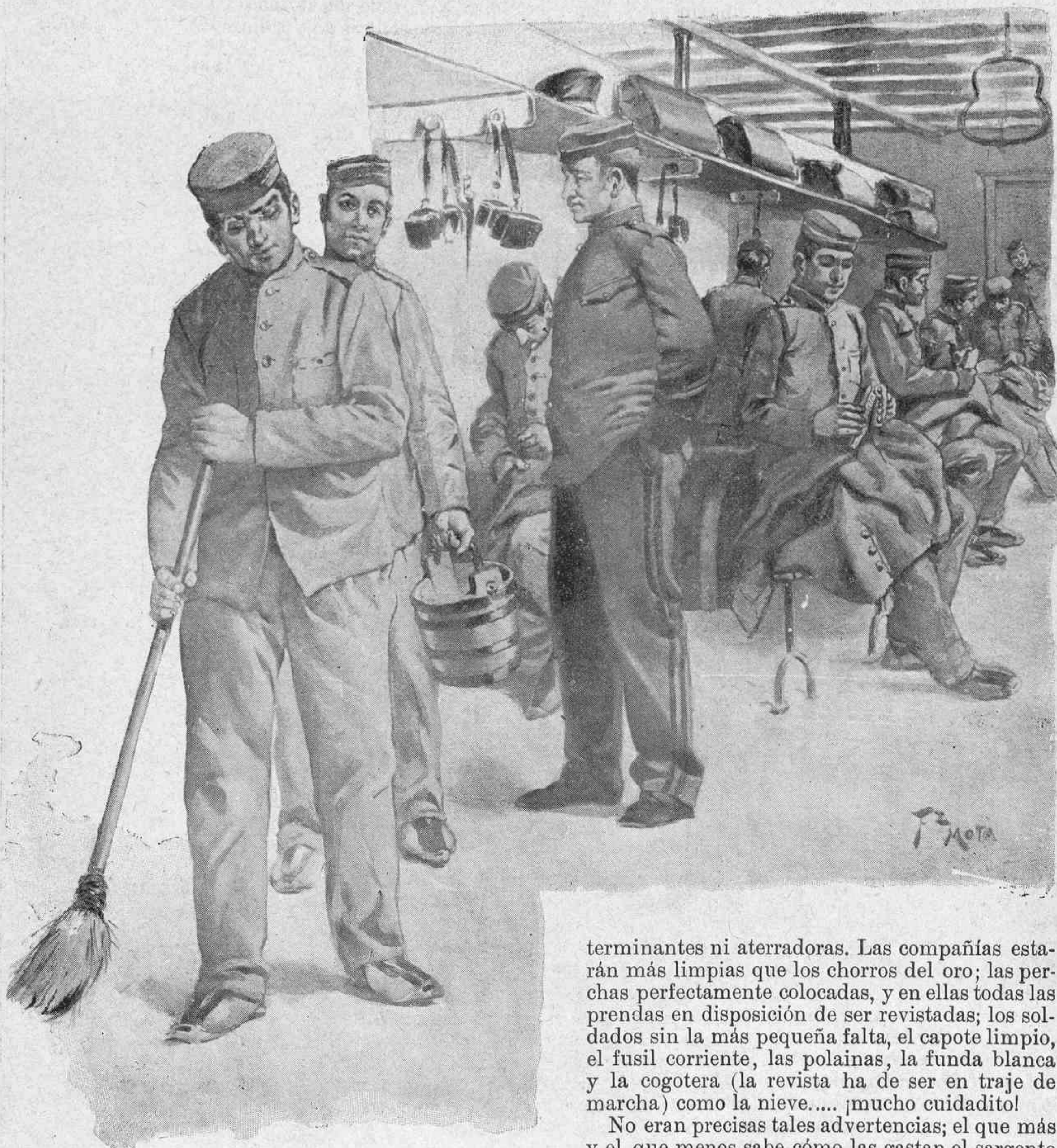
LA DISCIPLINA

BOCETO DE COSTUMBRES MILITARES

I

El capitán general de Castilla la Nueva, comandante en jefe del primer cuerpo de ejército, va á pasar revista, cuartel por cuartel, á todas las tropas de su mando.

Comunicada la noticia en la orden del día, y leída con la solemnidad acostumbrada al regimiento de ***, los soldados tiemblan. Saben lo que es una revista, y presienten, por lo tanto, una serie de disgustos. Los capitanes, prevenidos por el coronel, han dado sus instrucciones, que no pueden ser más



terminantes ni aterradoras. Las compañías estarán más limpias que los chorros del oro; las perchas perfectamente colocadas, y en ellas todas las prendas en disposición de ser revistadas; los soldados sin la más pequeña falta, el capote limpio, el fusil corriente, las polainas, la funda blanca y la cogotera (la revista ha de ser en traje de marcha) como la nieve.... ¡mucho cuidadito!

No eran precisas tales advertencias; el que más y el que menos sabe cómo las gastan el sargento y el cabo, y por los coscorriones que recibe en la diaria revista de policía se imagina los que le tocarán en los preliminares del momento solemne.

El día antes, el cuartel parece un infierno. En las compañías se hace zafarrancho. Cruzan el patio á

cada instante soldados en traje de mecánica, los unos á buscar agua, los otros arena, éstos conduciendo banquillos, aquéllos jergones.....; se limpia cuidadosamente el almacén, los pasillos, el cuarto de banderas, el calabozo, los retretes, todas las dependencias, en suma. Y el ir y venir de unos y otros, mezclado al ruido de la limpieza y á las voces y gritos de los cabos que la dirigen, forman un murmullo ensordecedor y extraño, que tiene, no obstante, mucho de simpático. Aquel día no se ha tocado *marcha*, no ha habido paseo; todos los soldados están de limpieza, menos los *destinos*, esto es, los asistentes, ordenanzas y escribientes, aquellos *gachós* que están en el *tubo* y que son envidiados por sus compañeros de armas.

Al anochecer todo está listo..... ¡Todo no!..... Los soldados piensan con horror en sus prendas, de las cuales no han podido ocuparse durante el día; las faltas más pequeñas se agrandan ante sus ojos, y recuerdan espantados los terribles artículos de la Ordenanza, de aquel libro que les hace temblar á la hora de la lectura..... ¿Saldrán con bien?..... Hay quien espera ser fusilado á la mañana siguiente.

Á pesar del cansancio natural después de tantas horas de trabajo, ninguno tiene ganas de dormir. Al llegar la hora de la lista y numerarse el servicio, todos quieren estar aquella noche de imaginaria, pensando que las dos horas de vela pueden ser muy provechosas.

—¡Rodríguez, uno!—grita con voz estentórea un muchacho coloradote, saliendo de la fila y saludando militarmente.

—¡Sánchez, dos!—añade otro.

—¡Sánchez la hizo ayer!—interrumpe un tercero. Y en seguida, reclamando sus derechos, añade:

—¡Me toca á mí! ¡Fernández, dos!

El oficial de semana sonríe bondadosamente. Comprende lo que aquello significa. Precisamente el servicio de imaginaria es el más molesto y menos apetitoso de todos los servicios. ¡Estar en lo mejor del sueño y tener que levantarse para velar, durante dos horas, el sueño de los demás! Pues aquella noche todos quieren procurarse esta molestia. Uno se numera por *adelantado*, otro por *atrasado*, éste jura y perjura que lo menos en quince días no ha hecho tal servicio, aquél quiere cambiarlo, alguno lo compra; hasta hay quien se ofrece á prestarlo sin retribución alguna..... Es preciso consultar el libro de la compañía, y con él á la vista, se arregla todo, desvaneciendo dudas y deseos. El servicio de imaginaria queda nombrado. Los *agraciados* respiran satisfechos; todos les miran con envidia.

El cansancio les rinde por fin. Al toque de silencio todos se acuestan, y no tardan en dormirse, sin que les desvelen las horribles visiones en las cuales aparecen ellos como víctimas.....

Los que están de imaginaria revisan sus prendas, luchando con el sueño que, á pesar de sus buenos deseos, se obstina en cerrar sus párpados. Cepillo en mano, y con el aliento á falta de betún, sacan brillo á las cartucheras y á las mochilas. En todas las compañías pasa lo mismo; y al ver á aquellos pobres muchachos trabajando afanosos á la luz del farolillo de aceite, el capitán de cuartel, que sube un momento á *dar una vuelta*, recuerda sus tiempos de soldado (es *patatero*) y los deja tranquilos.

El día solemne amanece por fin. Al toque de diana todos se levantan presurosos. ¡A limpiar! Y las prendas ocupan por completo las camas y los banquillos, protegidas por la mirada cariñosa de sus dueños. Al fin dan por terminados los preparativos. ¡No es posible hacer más! Muchos no han comido siquiera el rancho por no perder tiempo, y en un momento que les queda libre van á la cantina. La cantinera, mujer práctica, ha guisado un bacalao á la vizcaína que despide un olor delicioso. Pronto el enorme caldero que lo contiene queda vacío; se ha ido sirviendo por raciones desde diez céntimos en adelante.....

La corneta anuncia que el momento se aproxima, y en un periquete, con inconcebible ligereza, todos los soldados están en sus puestos, vestidos y arreglados..... Los sargentos pasan revista; los coscorrones hacen su ruidosa aparición; algún que otro soldado tiene que salir de la fila á subsanar alguna falta; pero, á decir verdad, no son muchas ni muy notables..... Van llegando los oficiales y los capitanes; por todas partes se oyen las voces de los cuarteros que gritan: «¡Primera, el teniente!.....» «¡Segunda, el capitán!.....» «¡Cuarta, el capitán de cuartel!.....» Y después que los comandantes y tenientes coroneles pasan revista á las compañías de sus batallones respectivos y el coronel á todo el regimiento, la corneta toca *marcha*, y todos los soldados limpios, correctos, mandados por sus jefes, bajan al patio á los marciales acordes de la música.....

II

¡Pobrecillo Colás! Metido en la fila, con el ros materialmente encasquetado hasta las orejas, agobiado bajo el peso de la mochila, piensa en cosas agradables y en otras que no comprende..... Las cosas agradables que acuden á su pensamiento están lejos, muy lejos..... Su casita blanca como una paloma, donde la pobre vieja de su madre aguarda el regreso del militar; su novia, aquella Maruja que lloró tanto el día de la despedida, mientras le daba un pañuelo como recuerdo, y que ahora le escribe unas cartas muy largas llenas de lagrimones y de faltas de ortografía, cartas á las que él contesta con todo el cariño que quiere el cabo, su memorialista..... Lo que no comprendé es por qué le han separado de los suyos, llevándole entre tanta gente desconocida, y obligándole á aprender cosas difíciles y á guardar tantas prendas, que ha de reponer todas las semanas. Casualmente aquel día ha tenido que comprar un bombillo, sufriendo con paciencia un bofetón y varios regaños por la falta..... ¿Por qué se le habrá ocurrido al general pasar revista?..... ¡A él le cuesta bastantes disgustos! Regaños, bofetones, dos horas sin dormir, toda la mañana limpiando..... y ahora, metido en la fila, agobiado bajo el peso de tantas cosas como lleva encima, sudando la gota gorda..... ¡Por vida del general!

De pronto palidece. La corneta ha dado un toque de alarma para todos. El Excmo. Sr. Capitán general de Castilla la Nueva, comandante en jefe del primer cuerpo de ejército, seguido de sus ayudantes, acaba de entrar en el patio. Pero no es esto lo que ha hecho palidecer á Colás..... Es..... ¿lo diré?..... Colás se ha comido dos tremendas raciones de bacalao y siente sus efectos..... Pero, ¿qué va á hacer? ¿Cómo separarse de la fila?..... Y, sin embargo, él cree que esto sería lo más natural.....

—¡Dios mío, dame fuerzas!—piensa el pobre soldado, cuando precisamente debiera pedir lo contrario.... Es lo mismo. La Providencia no escucha sus ruegos, y Colás, cada vez más pálido, tiene que apoyarse en el fusil para no caerse....

Al fin se decide.

—Cabo Blanco— dice con voz angustiada;— quisiera que



me diera usted permiso para salir de la fila, porque.... ¿sabe usted?.... ¡no puedo más!

—¡Pero, hombre!—contesta el cabo;— ¿cómo quieres salir ahora que está el general?.... Esperate.

—¡No puedo!

El cabo se atreve á comunicar al sargento la noticia.

— ¡Ese bárbaro había de ser!— dice el sargento.—Pero comprendiendo lo apremiante del caso se decide á pedir permiso al teniente. El teniente, á su vez, al capitán.... Si no fuera tan solemne el momento, él mismo le daría el permiso, pero no se atreve; ¡qué dirán si le ven salir de la fila! El comandante y el teniente coronel son de la misma manera de pensar; el coronel pide el permiso necesario al general de brigada, éste al de la división, y la petición llega al comandante en jefe del primer cuerpo de ejército por conducto de uno de sus ayudantes. El comandante en jefe encuentra aquello muy natural. Un soldado que se ha puesto enfermo y que quiere salir de la fila.... ¡Que salga! Y la orden vuelve de mayor á menor, según la Ordenanza dispone, para que no se quebrante la disciplina....

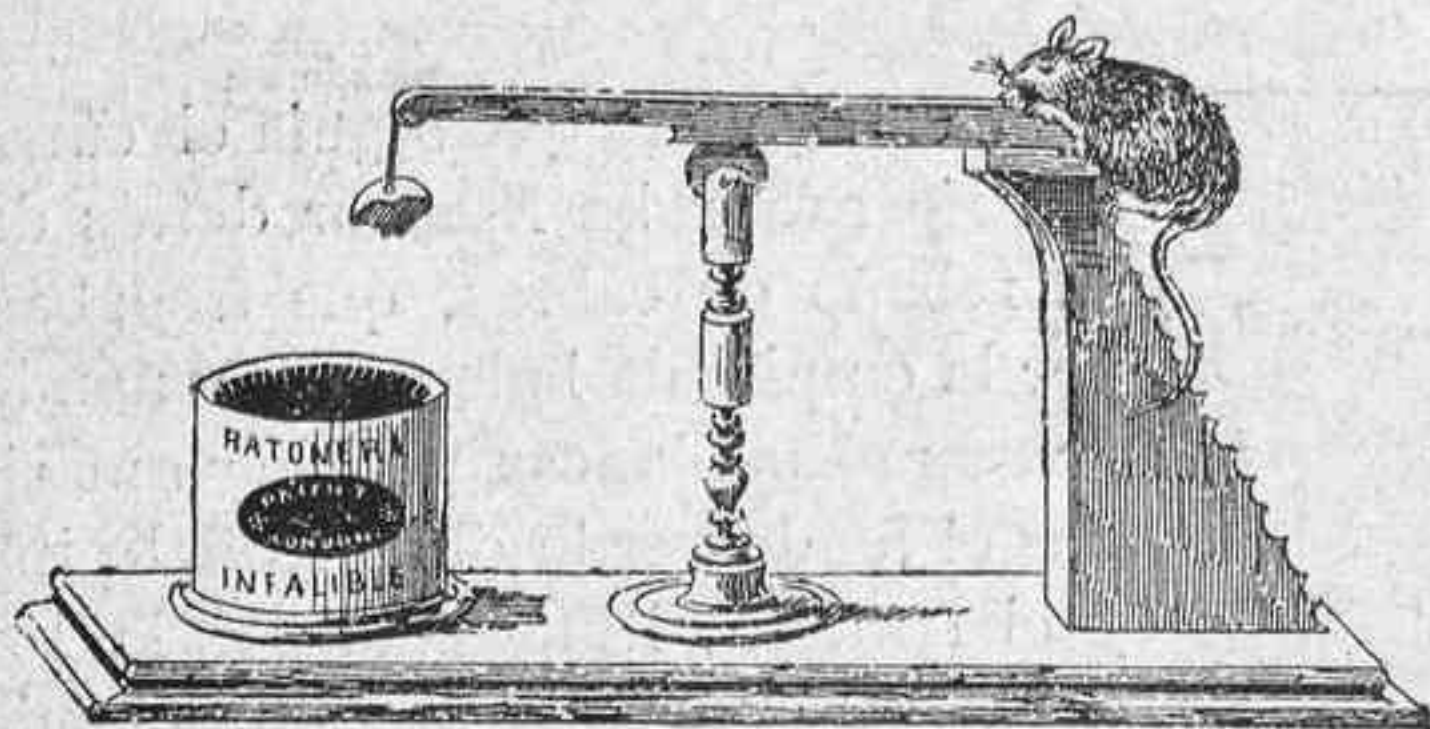
El pobre Colás ha visto todo aquello sin explicárselo. Después de un rato de atroces sufrimientos, quedó más tranquilo. Sus compañeros le miraron con asombro, sintiendo que por estar firmes no les fuera posible hacer un ademán absolutamente necesario....

Porque cuando llegó la orden á Colás, ya no hacía falta.

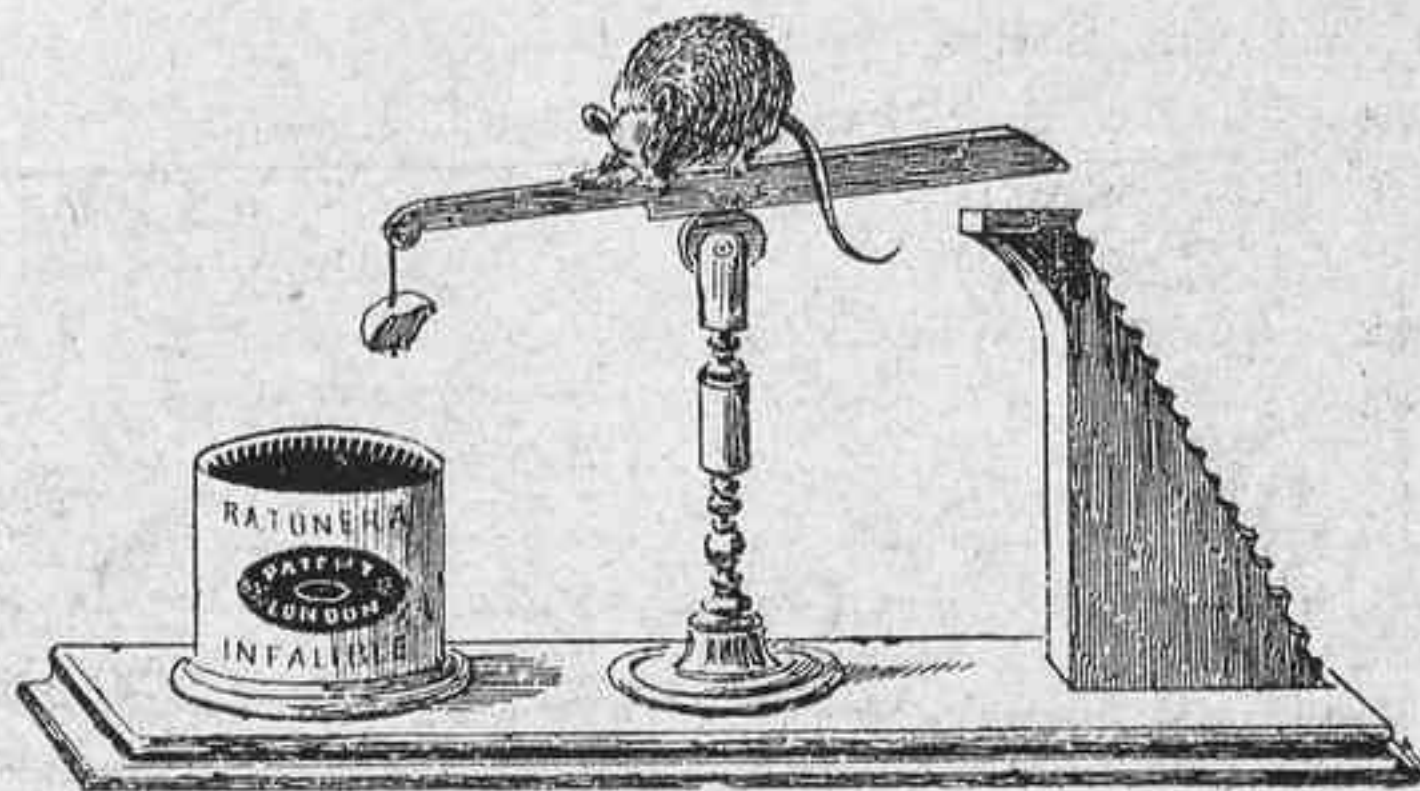
(Dibujos de Mota.)

ANTONIO PALOMERO.

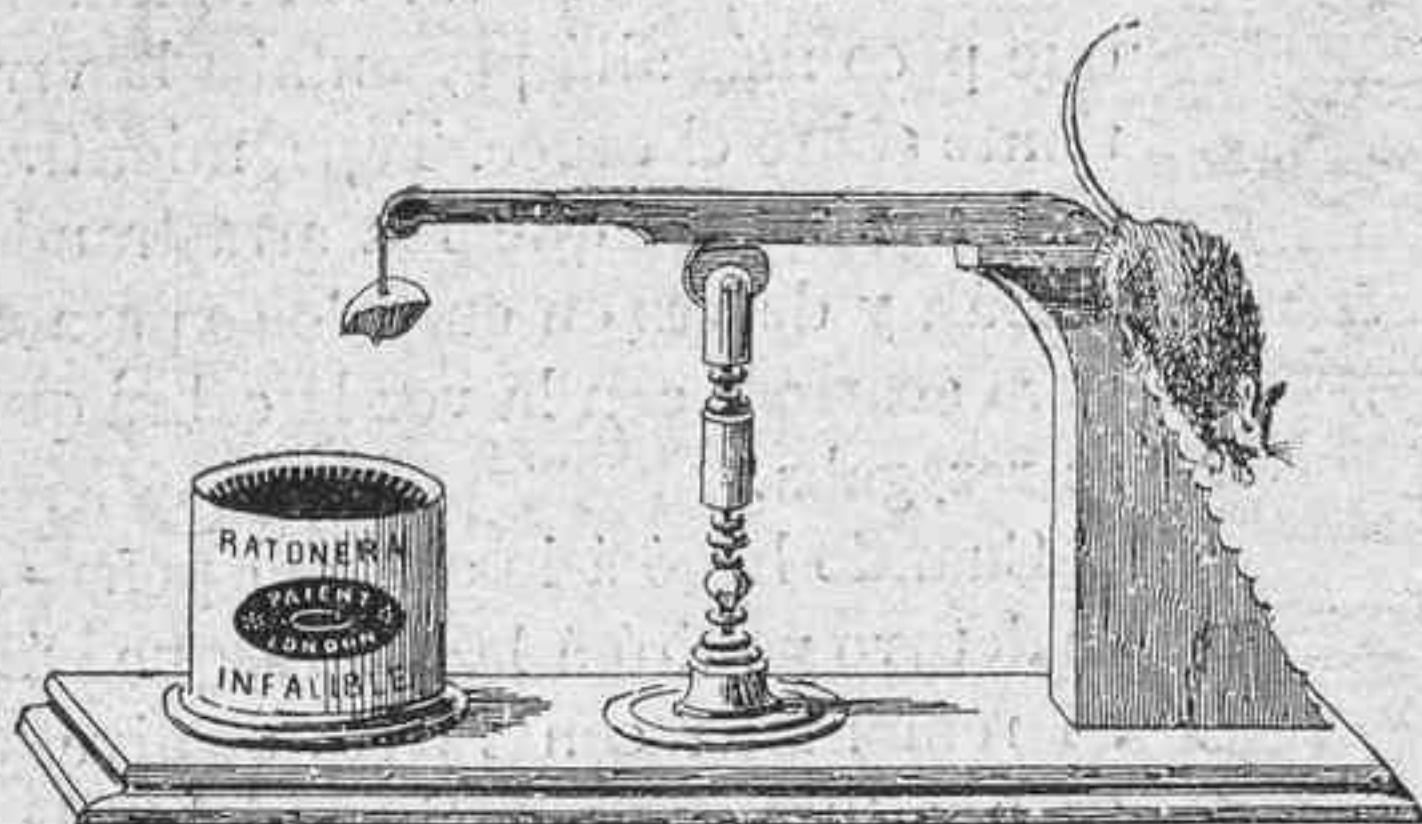
LA RATONERA INFALIBLE, por Gascón



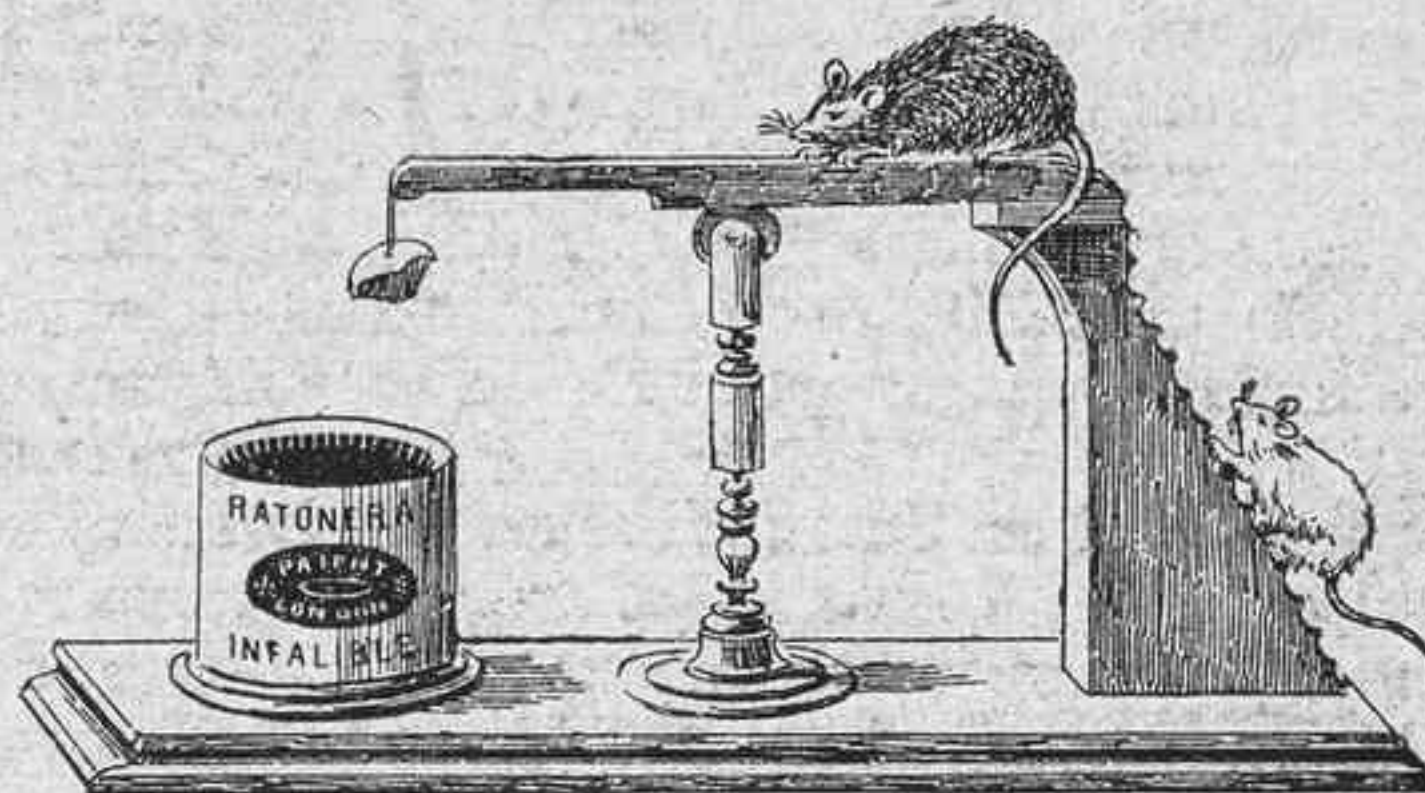
1—Al olorillo del queso que había en la ratonera, acude una rata enorme con sigilo y con cautela.



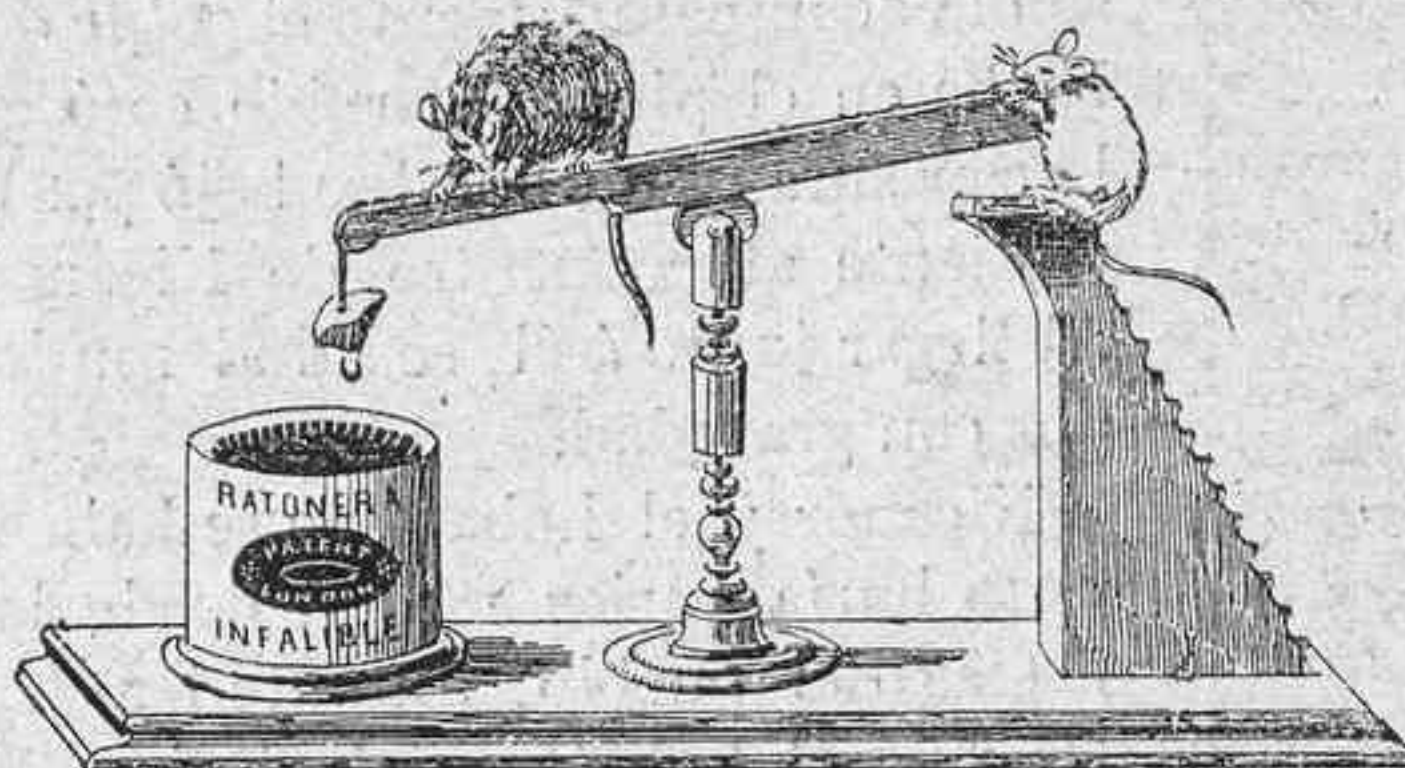
2—Y cuando ya se creía cerca de la ansiada presa, para no caer en la trampa se vió la pobre muy negra.



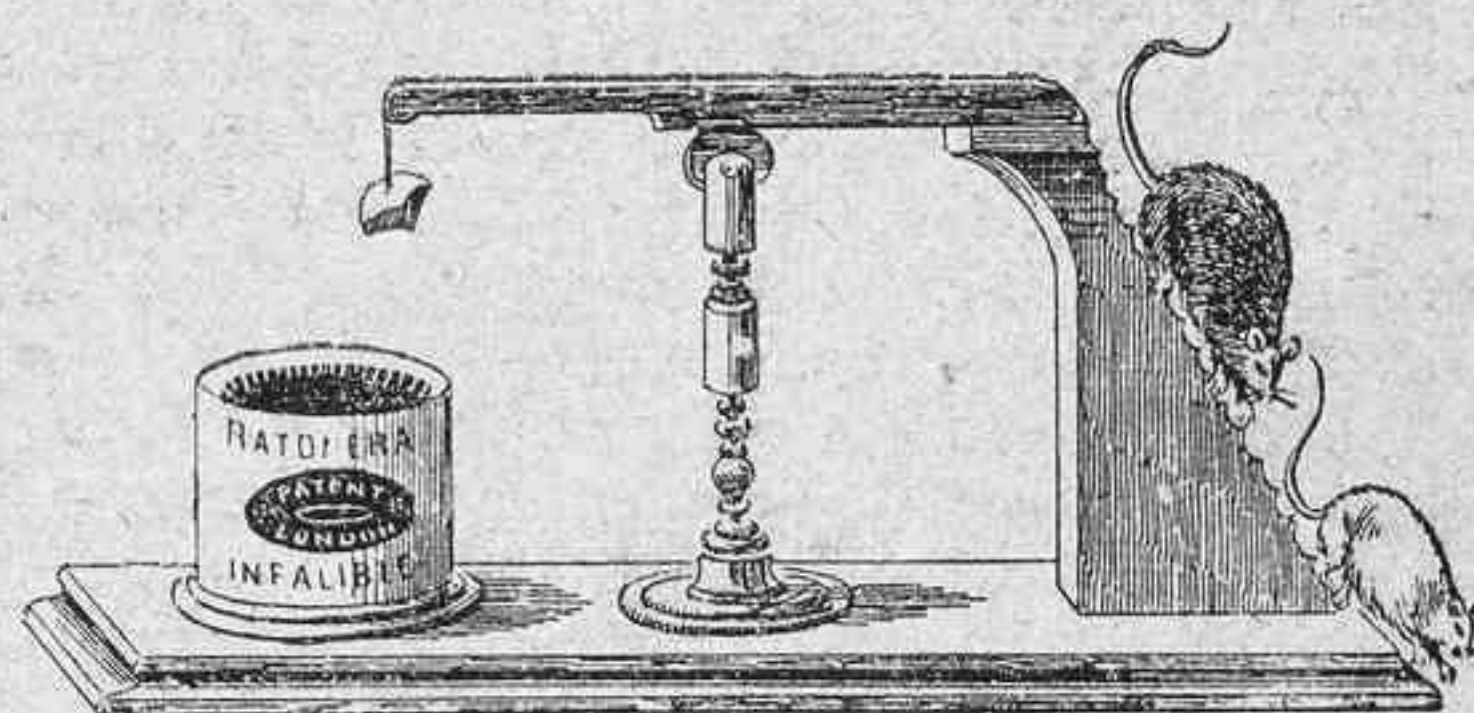
3—Para consumir el robo sin riesgo de la pelleja, buscó á un sobrinito suyo, que era ratón por más señas.



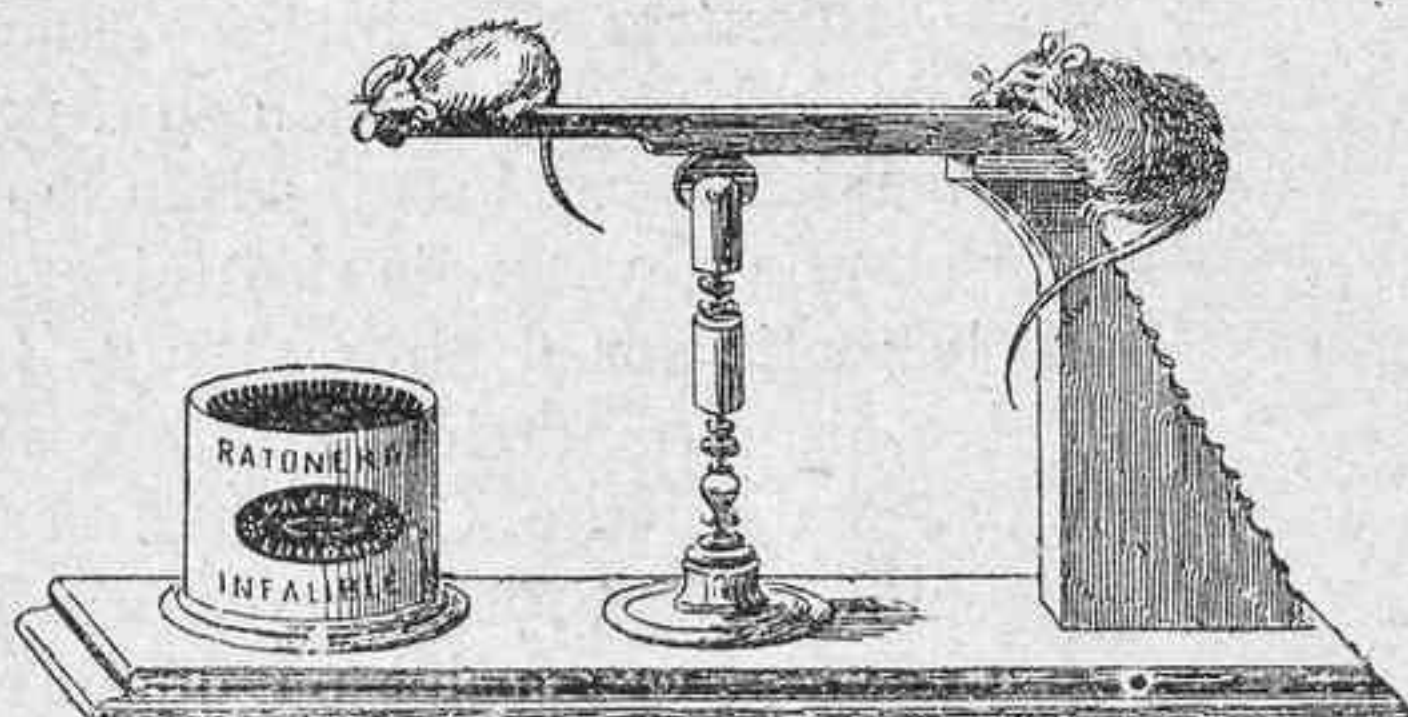
4—El cual acude en seguida, porque á su tía respeta, y además porque el olfato le anuncia banquete en puerta.



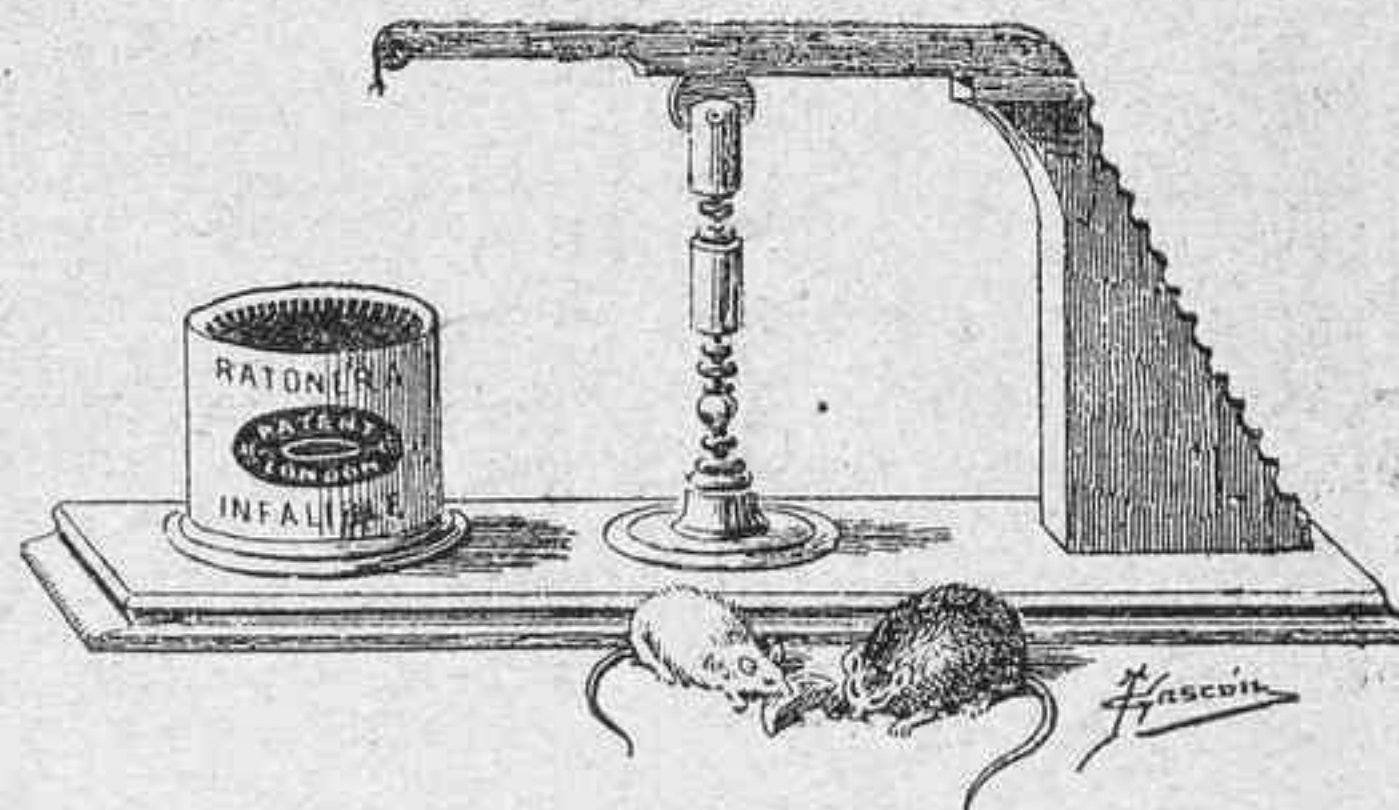
5—Pero ¡ay! ella pesa tanto que se ve la pobre expuesta á caer, sin probar el queso, dentro de la ratonera.



6—Para evitar un percance de terribles consecuencias, conciben tía y sobrino una magnífica idea.

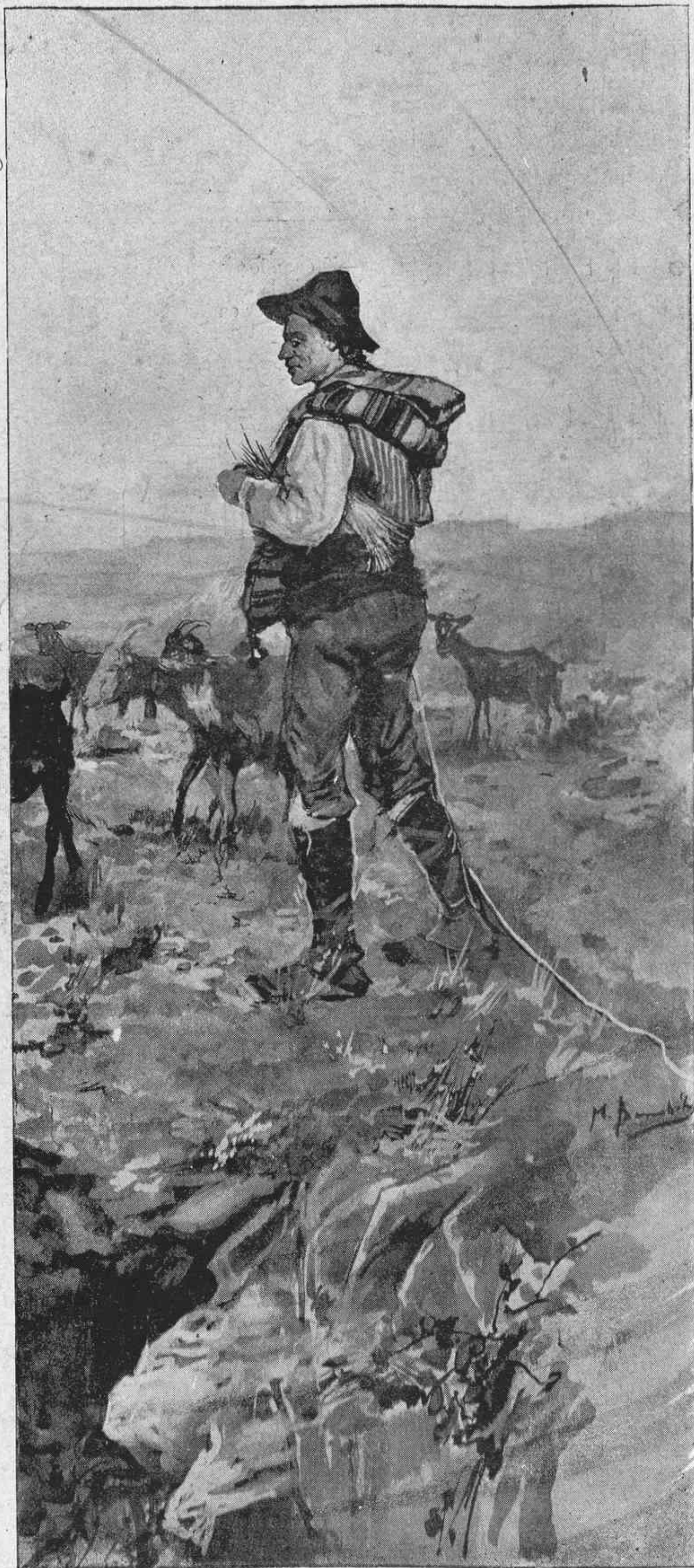


7—Mientras él se lanza al queso el contrapeso hace ella, todo lo cual se realiza como de antemano acuerdan.



8—Y después, con mucha calma y sin miedo á una sorpresa, ambos se comen el queso que había en la ratonera.

EL ABRAZO DEL ODIO



Por el sendero que seguía el curso del río avanzaba Nicanor detrás de su rebaño de cabras, que trepaban por la empinada ladera, tachonando de manchas blancas, pardas y amarillas el fondo verde obscuro del pino y el lentisco, iluminado por la luz del crepúsculo vespertino, anticipado en aquella angostura del valle. Lentamente, con el cayado colgado del brazo, un manojo de esparto bajo de éste, subía el pastor la cuesta que la senda hacía para salvar el acantilado que poco más allá presentaba la vertiente sobre el cauce. Tejía, mientras andaba, la soga que iba arrastrando detrás, y de vez en cuando se paraba para acarrear con la voz la cabra que se rezagaba.

Cuando llegó a lo alto del peñasco se detuvo y miró a la ladera, que aún se remontaba con fuerte declive, a gran altura, por encima del calar. Como acompañamiento de la canción bronca y siniestra que entonaba allá abajo, el río espumoso y turbio, con la crecida que producía el deshielo, se oía acompasadamente el golpe del hacha en el pinar. El ruido cesó en la espesura, y un hombre bajó por la vertiente al encuentro de Nicanor. Al llegar junto a él, se saludaron los dos con gravedad.

Nicanor y el Lobato no se habían visto hacía varios meses, desde las fiestas del pueblo, durante las cuales riñó el Lobato con la Juliana, y ésta se puso en relaciones con Nicanor. Mientras fueron novios, el Lobato iba casi todas las noches al molino donde estaba de moza Juliana, y allí se pasaba dos ó tres horas a su lado, mientras ella hilaba ó hacía calceta, hablando poco con ella, pero comiéndosela con los ojos. Ella le correspondía con aquella risa dulce que se le metía por el alma al rudo hachero, iluminando las lobregueces de su entendimiento. Cuando el Lobato iba al lugar á vender la carga de leña, ó á la villa, ya más lejana, donde colocaba la sesma ó el tirante cortados fraudulentamente en los montes del Estado, siempre dedicaba una parte de su ganancia á obsequiar á Juliana.

Así pasaron un año; poco menos de otro faltaba aún para que el Lobato obtuviera la licencia del servicio militar que le había de permitir casarse con Juliana, como tenían concertado, cuando ésta, cansada de esperar ó halagada por el hato de cabras y las tierras que el padre de Nicanor poseía, aprovechó la rencilla leve tenida con su novio en la romería y aceptó los ofrecimientos de Nicanor, que la requebraba ya hacía tiempo. Nicanor substituyó aquel invierno al Lobato en el hogar del molino, junto á la silla que



Juliana ocupaba, y el Lobato se ausentó con sus dos borriquillos cargados con cuatro tirantés, andando de noche y fuera de camino, para esquivar el encuentro de la Guardia civil, hasta llegar al pueblo donde vendía la madera. Aquel viaje, como no le agujoneaba el deseo de ver á Juliana, tardó en volver más que otras veces. Cuando regresó siguió su vida ordinaria, metido en las breñas, viviendo del monte. Difícil hubiera sido conocer si debajo de aquella tosca corteza vivía aún ó se había extinguido la pasión por la moza del molino; grave y taciturno como siempre, á nadie hablaba del caso, y esquivaba la respuesta cuando le preguntaban.

Nicanor, sin embargo, aunque no lo temía, recelaba algún encuentro, pues no podía creer que el apa-

sionado rival se aquietase tan fácilmente con su derrota. Así es que, cuando aquella tarde lo vió bajar en su busca, lo esperó apercebido.

Sobre la elevada peña, con el río de color de ocre reborbotando y mugiendo á sus pies, iluminados por la luz cárdena de los últimos celajes de la tarde, se destacaban las figuras de los dos montañeses, fuertes y enérgicos, contemplándose con aire de desafío.

La primera palabra de la disputa cuando se busca decididamente la pelea, es, sin embargo, difícil de pronunciar; y después de las «buenas tardes» dadas por el Lobato y contestadas por Nicanor, hubo un instante de silencioso embarazo. El espíritu tiene también su ley de inercia, y no rompe súbitamente y sin preparación el enojo. Á veces, las situaciones más violentas y amenazadoras entre dos enemigos se resuelven pacíficamente por esa dificultad de empezar, que no es miedo ni flaqueza: es la resistencia del ánimo á romper un estado de equilibrio, y de labios preñados de provocaciones brota una frase insignificante.

—¿Tienes para hacer fuego?—dijo el Lobato;—he perdido esta mañana la piedra, y estoy todo el día sin fumar.

Nicanor sacó de entre la faja una bolsa con los útiles de encender y la alargó al hachero. Era en forma de cartera, de pana negra, bordada profusamente con lentejuelas y estambres de colores vivos. El Lobato la examinó un momento antes de abrirla.

—Muy maja es—dijo;—¿te la ha hecho la Juliana?

—Sí—respondió el pastor.

Los ojos del Lobato brillaron con terrible expresión de odio. Miró un instante más la bolsa, y después con rápido movimiento la tiró al río.

—Se me ha caído—dijo mirando con burla colérica á su adversario.

—Pues anda por ella.

Y diciendo esto, Nicanor echó el cuerpo atrás, y con violento empellón precipitó al Lobato por el costado de la roca. Casi en el aire se revolvió éste, y asió al pastor por un brazo. Ambos rivales cayeron al río.

Las aguas se abrieron con estrépito y envolvieron los dos cuerpos, que desaparecieron durante unos segundos. Después, algo más abajo del punto de caída aparecieron los bustos abrazados, forcejeando con trágicas crispaduras, con los gestos terroríficos de lucha y de muerte. Se sumergieron de nuevo y volvieron á la superficie dos veces más, á intervalos más largos, cada vez más aguas abajo, y, por último, quedaron cubiertos por las rojizas aguas.



Ni el menor rastro quedó de la trágica escena desarrollada en aquella apacible tarde de primavera, á la luz cárdena y mortecina del crepúsculo, en medio de la soledad y del silencio augusto de la Naturaleza, que llenaba sólo la canción bronca y monótona entonada eternamente por el río, repercutida y reforzada por las ásperas y elevadas laderas que lo encierran.

Á los tres días de inútiles pesquisas en busca del Lobato y Nicanor, junto á la presa del molino, detenidos por la verja á la entrada de las

compuertas, vieron una mañana los dos cadáveres, hinchados y deformes, fuertemente entrelazados con brazos y piernas, en abrazo perdurable.

Allí acudió toda la gente del molino á mirar el espantable grupo, y entre ellos Juliana, que estuvo luego mucho tiempo enferma.

(Dibujos de Benedito.)

JUAN CARRANZA.